

PONER ORDEN EN LA PROPIA VIDA

Por una vida sacerdotal «saludable»

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v63i220.74>

GERMÁN ARANA*

1. INTRODUCCIÓN

Decir que los sacerdotes necesitamos llevar una vida saludable es una obviedad, por tratarse de un imperativo común a todos los mortales. Todos aspiramos a la salud, y deseamos llevar un régimen de vida que nos ayude a conservarla.

Sin embargo, el concepto de salud no es unívoco. Se trata de un concepto complejo que puede entenderse de muy distintas maneras. Depende en gran parte del concepto que se tenga de la misma vida humana y de su finalidad. Buscar la propia salud es un deseo legítimo, incluso una exigencia responsable. Pero puede convertirse también en un proyecto idolátrico. Porque la razón que da sentido a nuestras vidas es más importante que la vida misma.

En general, el concepto de salud encierra dos notas. La primera tiene una acepción más clínica: el funcionamiento correcto de nuestras funciones biológicas. La segunda es de naturaleza más psicológica: se refiere al grado de satisfacción con la cual vivimos. Ambas notas son interdependientes, mas no idénticas. La alegría de vivir coadyuva a la salud física. De la misma manera que esta es fuente de una cierta satisfacción. Pero una vida saludable en términos clínicos, no es lo mismo que una vida plena. De hecho, en nuestra sociedad secularizada el cuidado obsesivo de la salud cursa no pocas veces con una vida internamente deprimida.

La antropología cristiana está atravesada por un sentido radicalmente teleológico (finalidad) de la existencia humana. Depende de su fin trascendente, cuya realización confiere a la misma el sentido de su plenitud. No es de extrañar que el término *sotería* aparezca traducido en la Vulgata como *salus*, también cuando designa el concepto más denso de «salva-

* Germán Arana es sacerdote jesuita, rector del Seminario Pontificio de Comillas en Madrid y profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

ción» (así, Hch 4, 12). Y este, a su vez, puede verse en nuestra lengua como «salud» y como «salvación». En la concepción cristiana del hombre se trata de dos conceptos afines.

Algo semejante ocurre con el concepto de «vida», que con frecuencia está preñado de un sentido muy superior a la mera pervivencia biológica. La verdadera salud del hombre reside en su adecuación vocacional. Es decir, en su libre correspondencia a la iniciativa del amor de Dios que constituye su fundamento.

Con todo, no pretendo espiritualizar tanto el concepto de «salud» que pierda su dimensión somática y psicológica, ya que estas constituyen un substrato cuya carencia inhabilita para la propia misión. Sencillamente deseo colocarlo en su perspectiva vocacional. En ese sentido, el cuidado de la salud para un sacerdote, como para un padre de familia, tiene también un sentido oblativo, en función de su misión. Y ello porque, precisamente, ni siquiera ese bien primario que es la salud, le pertenece en exclusiva. La busca no en función de su disfrute egoístico, sino en función de la calidad de su misión.

La salud implica orden. Una vida saludable es una vida ordenada. Ordenada por una experiencia de libertad regida por el amor. Por ella el hombre se hace señor de sus afecciones y deseos para entregarse armónicamente a la vocación que ha recibido de Dios. Ese orden superior desciende, por supuesto, a aquellos ámbitos básicos de la conducta de los que también depende nuestra salud física y psicológica. Me refiero a la comida, al sueño, al descanso, a la realización del trabajo, al modo de establecer las relaciones, etc...

En los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio encontramos una poderosa inspiración sobre la afinidad entre la propia salud, entendida en un sentido radical, y el orden de la propia vida. «Ejercicios» concebidos para *vencerse a sí mismo y ordenar la propia vida sin determinarse por ninguna afección que desordenada sea* (*Ejercicios* 21). El método ignaciano es casi obsesivo en fijar los fines y establecer los medios que a aquellos corresponden. Aclaremos hacia dónde vamos, y tomemos el mejor camino para llegar allí. Esta actitud finalista es típica de las personalidades dotadas de una voluntad firme y emprendedora. Mas, en el caso de Ignacio, no se trata solamente de una característica psicológica, sino sobre todo de una profunda convicción del valor de la existencia humana interpretada desde la fe. Una convicción que tiene su raíz en la vocación divina, en tanto que constituye su fundamento y su meta definitiva, y determina la finalidad que conforma todo el universo volitivo del sujeto.

El concepto de orden evoca inmediatamente la referencia a la racionalidad de lo real. Lo real es concebible en la medida en que está ordenado. Aprender su sentido, implica captar el nexo ordenado de las partes que lo componen. Por consiguiente, «poner orden en la propia vida» significa, en cierta manera, racionalizar los propios recursos y las propias decisiones, encontrando el propio lugar en el orden de la realidad.

La recta razón, de acuerdo con Ignacio, conduce la propia existencia de una manera equilibrada, evitando caer en extremos perniciosos. El método mismo se aplica de un modo medido y ordenado. Para Ignacio, dar ejercicios es sinónimo de dar «modo y orden» para orar. Cada ejercicio de oración responde a un esquema preciso, si bien al final desemboca en la espontaneidad relacional del coloquio. Él sentía una especie de horror hacia los extremos, porque era muy consciente de la ruina a la que puede abocar el ponerse a perseguir metas desproporcionadas. En los ejercicios, aun a despecho de su radicalismo, nos encontramos con la cultura aristotélica de la mediedad (*in medio virtus*). No tanto como una actitud circunspecta que nos aparta del horizonte sin límites de la generosidad, al dictado de un cálculo que se despacha por prudencia, pero que a fin de cuentas no es sino un refinado egoísmo; sino, más bien, como un equilibrio maduro en el que la solicitud del amor descubre su camino de realización fructuoso y estable.

Ahora bien, la originalidad de los ejercicios no reside en su arquetípica racionalidad, sino en apuntar al núcleo del propio universo volitivo como fuente de ordenamiento de la propia existencia. Dicho de modo sencillo, en el centro de la afectividad (el corazón, en sentido figurado) está el principio ordenador de la propia existencia. En tanto que manantial de la dinámica expansiva de la existencia humana, su recuperación asegura el ordenamiento efectivo de la propia existencia y su conformación al plan de Dios. El título de los ejercicios pone de manifiesto qué significa ordenar la propia vida. El lenguaje del orden, como condición y signo de la plenitud vocacional humana es concomitante con el lenguaje de la libertad (vencerse a sí mismo, determinarse) y con el lenguaje de la afectividad (afecciones desordenadas).

Este es el núcleo de la poderosa pedagogía ignaciana. El orden de la propia existencia, fundado sobre la voluntad de Dios, y relativo a ella, como a su único absoluto, se determina existencialmente por el orden de la afectividad. Esta lleva al hombre hacia el cumplimiento de su libertad, como dominio de sí mismo y como capacidad de don en su radical orientación hacia el amor.

Antes de desentrañar algunos elementos de esta pedagogía, indicaré algunas consideraciones generales que pueden ayudar a entender mejor qué se entiende por ordenarlos a nosotros mismos.

2. ORDEN Y CAOS

El relato de la creación en el libro del Génesis pone de manifiesto no sólo que la existencia de cada ser y del conjunto de cuanto existe es debida a un acto creativo absolutamente gratuito de Dios, lo que constituye su fundamento permanente; sino que, además, Dios ha conferido orden a su creación. En efecto, desde Gn 1, 2 en adelante va apareciendo claro que el acto creador es, en sí mismo, un acto ordenador: *la tierra era informe y desierta y las tinieblas cubrían el abismo, y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas*. Lo que sigue a continuación no es simplemente una taxonomía, un proceso de dar nombre, como una suerte de reconocimiento de una distinción preexistente, sino un auténtico acto creador que confiere su identidad a cada ser dentro de una articulación ordenada del universo entero.

El autor del Génesis establece una secuencia entre la insurgencia de la creación y su ordenamiento. La tierra primigenia es descrita como un «vacío informe», como una realidad indistinta y carente de vida (cf. Jr 4, 23; Is 34, 11) que más tarde ha sido poblada y articulada. Los dos aspectos constituyen un único momento. La existencia está vinculada esencialmente a un orden universal. De tal suerte que la propiedad (esencia) de cada ser es respectiva a los otros dentro de un único orden omnienglobante. Esta racionalidad de la creación, en virtud de la cual cada ser es distinguible y respectivo a los demás, proviene de su originario fundamento divino. La secuencia entre creación y ordenamiento no es simplemente un antropomorfismo descriptivo, sino que pone de relieve dos cosas de gran importancia: el acto creador divino es un *continuum* que reordena lo real, y le imprime una finalidad que se despliega en el tiempo.

En efecto, vemos el establecimiento de aspectos contradistintos pero respectivos de lo real en forma de antinomias ontológicas (luz-tiniebla, tierra-agua...), a la vez que se postula aquello que podemos denominar una *hierarchia entis*, es decir, una diversa cualificación de su entidad. Una jerarquía que apunta al primado del hombre sobre la creación. Y este primado antropológico de la creación es el hilo que nos lleva al sentido del orden universal. Precisamente porque en él la creación descubre su racionalidad fundada en el misterio de Dios y, al reconocerla en su conciencia,

es llamado a la alabanza y a la adoración. En ese sentido el señorío del hombre sobre el universo es el garante de su propio orden reconstituido por Dios. Un orden que en el ejercicio de su libertad puede ser reconocido y obedecido o, por el contrario, obstaculizado y lesionado.

El hecho de sustraerse a la voluntad de Dios no produce un orden alternativo del que el hombre pudiera considerarse autor, sino que provoca simplemente el caos. Lleva consigo la radical frustración de su vocación, su no-realización y la confusión de su universo. Y una posibilidad de elección. Pero no la posibilidad de recrear un nuevo orden. La rebelión de su condición creatural por parte del hombre, es decir el pecado, siembra la semilla del desorden, del caos y, finalmente, de la muerte. O dicho de otro modo, arrastra al hombre a una existencia completamente carente de sentido y radicalmente disarmónica del resto. Lo expulsa, como describe de un modo patético el autor del Deuteronomio, en un «desierto» poblado de alaridos solitarios (Dt 32, 10).

Precisamente hasta aquel abismo desmembrado, privado de sentido y de racionalidad, es hasta donde ha descendido la mano tendida de Cristo redentor, que ofrece de nuevo al hombre la posibilidad de reordenarse recorriendo el camino unificante del amor.

El orden del universo y de la propia existencia no es simplemente una cifra matemática o una ley mecánica. Es, en último término, un orden moral. Un orden dado por el amor divino y finalizado en la plena comunión con él. Esto vale de un modo particular para la existencia humana, en la cual el orden universal se convierte en autoconciencia y libertad. Para la antigua alianza, el instrumento que cualifica el orden moral de la vida es la ley. Esta ofrece al hombre la obediencia de la fe y la concreción de una vida regulada según el querer divino. Su finalidad no es la de convertirlo en una pieza de un orden mecánico, extrínseco a sus deseos más profundos, sino de hacerlo libre y verdadero señor de la creación. Un universo que alcanza por medio del hombre su propia finalidad de convertirse para él en una casa confortable y habitable. Una habitación atravesada de aquella paz (*shalom*) que emana del encuentro (Nm 25, 12) entre la voluntad de Dios, volcada sobre el bien del hombre, acogida a su vez por el hombre como el único manantial de sus delicias. El salmo 118 desgrana el sentido cordialmente dilatado de esta ley bien amada y portadora de vida fructífera.

En la plena revelación de Dios en Cristo es donde nosotros recibimos finalmente la noticia sobre la naturaleza del orden de nuestra vida y de toda la creación. Precisamente porque la esencia divina es el amor, el or-

denamiento que brota del acto creativo, reconstituido por la redención, es fruto del amor y está completamente orientado a él. La caridad divina es un amor que pone orden en todo, y de manera particular en el corazón del hombre; de hecho, cuando es acogida se convierte en libertad que lleva a todos y que dirige todo hacia aquel amor fontal de su existencia, que es la razón de ser de cuanto existe.

3. ALGUNAS NOTAS SOBRE EL ORDEN EXISTENCIAL, SOBRE LA VIDA ORDENADA

1. *El orden es jerarquía*

En primer lugar, el orden existencial implica una jerarquía de valores. Más aún, una jerarquía de deseos, de amores, de pasiones. No se trata solamente de objetivar un cuadro axiológico que, aunque acertado, resulte abstracto (lo cual por otra parte no es poca cosa). Se trata de determinar el verdadero primado de mi universo volitivo, ansiosamente buscado y establemente poseído.

En la propia vida resulta verdaderamente importante saber cuál es mi pretensión fundamental, a la cual las otras están subordinadas. Porque de esta jerarquía en mi universo volitivo depende el orden del conjunto de mi vida: «Dime cuál es tu amor más grande y te diré lo que vale tu vida». Se trata del verdadero amor tal como se manifiesta existencialmente en la adhesión de mi corazón. Y este se rastrea no en términos de altisonantes declaraciones verbales, sino en términos de verificaciones concretas, tales como la dedicación del tiempo, la vehemencia de mis fantasías, el objeto de mis miedos de privación, el rastro que dejan mis operaciones, el desarrollo de mis mecanismos de defensa y evitación, la puesta en juego de mis recursos en favor de una meta y el grado de subordinación real hacia los demás.

Una vida desordenada es una vida sometida al imperio de una adhesión desordenada. La curación de estos vínculos portadores de desorden constituye la tarea más trabajosa en el camino hacia la madurez cristiana. San Ignacio los denomina «afecciones», entendiéndolo por ello vínculos que poseen una notable carga afectiva. Se trata de una poderosa tendencia a apropiarse del objeto del deseo que guía la propia acción y las propias elecciones. Un fuerte apego del que ciertamente nos cuesta mucho desvincularnos.

¿Cuál es el criterio fundamental para establecer la distinción entre afectos ordenados y desordenados? Lo proporciona san Ignacio en una suerte de apotegma que concluye la segunda semana de los Ejercicios: «Piense

cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliese de su propio amor, querer e interés» (*Ejercicios* 189).

Como en otros casos, aquí san Ignacio rebasa las indicaciones coyunturales del método para establecer una ley de carácter general. Un principio que cualifica de modo decisivo la madurez cristiana. Tengo para mí que esta sentencia ilumina la naturaleza del orden de la afectividad que subyace a todo el proceso de los Ejercicios y a las luchas tantas veces dramáticas que tienen lugar en el escenario íntimo de nuestro corazón.

El «propio amor, querer e interés» no se refiere a un deseo que tiene su sede en mi propia intimidad, sino a un deseo que refluye hacia mí, que acaba en mí. Una tendencia que tiene una estructura circunfleja: parte de mis intereses, circunda cuanto me apetece, y termina por pender de mi avidez. Dicho de modo sencillo, las aficciones desordenadas son las tendencias manifiestas o enmascaradas de mi egoísmo.

A ellas Ignacio opone, siguiendo a los clásicos, las tendencias que provienen de la abnegación, es decir, aquellas tendencias que llevan la marca de una alteridad gratuita, independiente de cuanto pueda serme desventajoso. Una tendencia que tiene como objetivo la gloria de Dios y el bien de los demás. Estando fuera de mí el objeto de mi querencia, esta estructura desiderativa, caracterizante del hombre convertido al amor divino, me arrastra hacia un éxodo permanente. Por ello Ignacio habla de un «salir». Indica el viaje hacia la alteridad de quien se juega sus propios intereses para emprender un proceso pascual del despojo progresivo que no acaba sino con la oblación de toda la existencia.

En este sentido, poner orden en la propia vida es mucho más que secundar un orden formal, considerado como tal por aquellos a los que deseo agradar. Si en el Seminario no se ha superado una apuesta exclusiva por las apariencias externas, que funciona como un falso mecanismo legitimador de la propia inseguridad, cuando llegan las primeras dificultades de la vida ministerial, esa identidad exterior inconsistente se viene abajo. El viaje hacia la alteridad sólo es posible desde una interiorización profunda de los verdaderos motivos que nos llevan a gastarnos y desgastarnos por el amor a Dios y a nuestros hermanos.

2. *El orden es medida*

El modo más eficaz de proceder implica el sentido de la medida, que ha de darse en todas las cosas, incluso en las más sublimes. El intérprete de la ejecución de un pasaje musical no puede perderse en el piélagos de sus

vehementes impulsos, sino que debe ajustar el metrónomo al ritmo que le marca la partitura. Este respeto a la medida del *tempo* no mella la coloratura emotiva del fraseo musical, sino que más bien la hace comunicable. Sin este substrato formal que lo hace comunicable, el color tímbrico más vibrante no encontraría cauce de expresión.

Incluso la práctica de la virtud ha de ser regulada. San Ignacio habla frecuentemente de la «caridad discreta», o sea, del ejercicio de un amor dosificado con aquel sentido de la medida que proporciona el discernimiento. Esto resulta paradójico. Porque de por sí la caridad no tiene límites. Lo entiende bien el mártir que desciende impávido al abismo de la muerte contento de su consumación por el amor de su Señor. Sin embargo, en el curso de la vida, el amor no es eficaz si se desparrama caprichosamente. Lo es cuando se entrega constante y equilibradamente según la regla de un buen discernimiento, que es justamente la que asegura la plenitud del don en la moneda del tiempo.

En la biografía de san Ignacio, como en la de otros grandes apasionados por la gloria de Dios, se percibe una clara transición desde una primera etapa dominada por un sentido desmedido de la ascesis, hacia una etapa de madurez en la que el ejercicio del discernimiento lleva a un profundo sentido interior de eso que hemos definido como virtud equilibrada. Un sentido de la «mediedad» que está bien lejos de ser mediocridad. Esta desciende a pactos con lo que me resulta cómodo, aquella se regula sabiamente en vista de su completa donación. Una suerte de paradójico sentido del ahorro finalizado a la inversión de la totalidad de los propios recursos.

Es propio de los adolescentes ambicionar una vida sin reglas, abandonarse a un espontaneísmo volitivo desmedido, que trata de superar las estrecheces de las propias capacidades ejercitadas en la medida del tiempo. Precisamente, porque todavía no han internalizado el sentido de un orden inscrito en la existencia de quien quiere darse eficazmente a favor de sus hermanos. Esta inmadurez se extiende al conjunto de nuestra cultura, excesivamente fascinada por el «carpe diem», con un sistema educativo poco disciplinado y una vida familiar desarreglada en valores y en los ritmos cotidianos. Esta cultura de las inmediatas satisfacciones no logra transmitir el sentido de una regla interior que permite asumir pacientemente la demora entre la consecución de un fin y su fruición.

Este sistema que deja a los jóvenes abandonados a sus caprichos, encierra grandes riesgos para alcanzar una cierta madurez. Tanto que, en ocasiones, la madurez no llegará nunca. Los hace más débiles y poco resistentes a las frustraciones inherentes a toda existencia. Finalmente, el

imperio de ese mundo interior pulsional y desordenado, se retuerce contra la misma persona, que resulta subsumida por un vórtice que consume los propios recursos en un ciclo breve y estéril.

El sentido de la medida tiene dos grandes ventajas. En primer lugar, un sentido de ahorro en la administración de los propios recursos, que no son ilimitados. Debemos aprender y emplear nuestras limitadas fuerzas de la manera más eficaz. Esta humilde aceptación de los límites, y la sincera voluntad de gastar nuestra vida al servicio de los demás nos hace más abnegados en la forma de usar nuestro tiempo, con vistas a lo que puede resultar más duradero y provechoso, aunque inmediatamente parezca menos lustroso.

La segunda ventaja que encierra la medida es la sabia alternancia de lo que podríamos llamar la dialéctica de los momentos contrapuestos y sin embargo respectivos. Quien quiera trabajar de firme debe aprender a respetar el tiempo de su descanso en términos de cantidad y calidad. Quien quiera actuar decidida y provechosamente, debe aprender a remansarse contemplativamente para entrever el término de su acción. Quien conduce una intensa vida pública, tiene necesidad de espacios conviviales en la esfera privada para redescubrir su propia verdad en la confrontación con sus prójimos. Quien quiera comunicarse con profundidad y no abandonarse a una logorrea evanescente, debe cultivar alternancias de silencio para alcanzar en su tabernáculo interno el susurro amoroso del Único Señor que asegura sus pasos. Quien exagera, por un lado, poniendo en peligro su polo alterno, compromete el equilibrio del conjunto.

La cultura urbana occidental a veces eleva la confusión al nivel de categoría. La vida nocturna y la holganza diurna, la febril actividad profesional, dominada por el ansia de hacer, y el consumo de un ocio exaltante, enajena y sedimenta en el alma un mayor vacío y cansancio. La necesidad compulsiva de viajar, en el fondo hacia ninguna parte, responde a la incapacidad de tomar acomodo en el escuálido espacio interior de uno mismo. La confusión en la distinción de los roles sexuales hace todavía más lábil la conquista de la propia identidad personal.

En la vida sacerdotal este sentido de la medida interior tiene una particular importancia precisamente porque depende más inmediatamente de nosotros mismos. La vida familiar, cuando es sana, lleva consigo un sentido de la medida en muchas cosas, sentido que proviene del ritmo ligado su propia vida interna. El sacerdote que vive sólo, ha de organizarse más al dictado de su propia disposición. Algunos seminaristas que no han internalizado el sentido de la disciplina, surgida de la *discreta caritas*, sue-

ñan con la independencia omnímoda de la vida sacerdotal. Mas cuando llega, se descubren impreparados para administrar sus ineludibles responsabilidades. En vez de encontrar tiempo para cocinar y comer de modo regular y sano, para dormir las horas necesarias, para mantener el orden y la limpieza del propio apartamento, para orar con sosiego cada día, para preparar atentamente la predicación sin tener que abandonarse después a la facilonería de los tópicos rancios, para dedicar un tiempo de calidad a la escucha y a la guía personal de las almas, para saborear lecturas de una cierta profundidad en la quietud de su pequeño estudio, para hacer un poco de ejercicio físico, entran –digo– en un desarreglo de horarios que nada aprovecha, y puede incluso dar lugar a una vida poco saludable y espiritualmente empobrecida.

Muchas crisis que poco a poco se van haciendo pesadas, surgen a veces de una vida desajustada en las cosas fundamentales: la madrugada no es tiempo de escuchar confidencias, sino de descansar a pierna suelta en el Señor. El teléfono móvil no debe ser un volquete de mensajes, sino un instrumento de breve comunicación para las cosas necesarias. El uso de Internet es necesario para un sacerdote que no quiera vivir como hombre de las cavernas –se trata, sin duda, de un instrumento de comunicación de gran valor–, pero debe ser usado con medida. Entre otras cosas porque acerca a mi propia intimidad el mundo con sus contradicciones y con sus notables ambigüedades. Por medio de la red incluso la celda de un monje puede ser prolongación de su alabanza continua al Señor o el descenso estremecedor en la inmundicia más abyecta.

3. *El orden es finalidad*

Centrar la diana del justo fin y emplear los medios correspondientes a su consecución es el negocio más importante de una vida ordenada. El orden de las operaciones humanas depende de su orientación a lo que se pretende. La moral cristiana establece un firme criterio de adecuación entre el fin y los medios. De ningún modo el fin justifica los medios. Más aún, el fin se alcanza exclusivamente a través de medios apropiados. Los medios inapropiados no solamente no alcanzan el fin, sino que extravían el camino hacia él.

El arte de la elección es el arte no sólo de orientar el conjunto de nuestra vida hacia el fin de nuestra vocación escatológica, sino que implica además el acierto en la elección de los medios para conseguirlo. El medio no se elige voluntarísticamente a partir de un repertorio extrínseco a la

persona, sino a través de un proceso de discernimiento en el que el sujeto experimenta el vínculo directo entre el medio elegido y el fin definitivo que hambrea, consistente en hacer la voluntad de Dios.

En el magistral tratado de la elección que encontramos en los *Ejercicios espirituales*, se postula como punto de partida *el ojo de la intención* que debe ser *simple* (*Ejercicios* 169). Se trata de una alusión a Mt 6, 22, donde se hace referencia a la pureza de intención como fuente del orden moral. La mirada entendida como percepción y como establecimiento del fin, como intencionalidad. La recta intención es la intuición limpia del vínculo inmediato entre el medio elegido y el fin que se pretende.

El camino del discernimiento desemboca en la «sana y recta elección» a través de una experiencia consolatoria. No se trata simplemente de una satisfacción cualquiera subsiguiente al empeño asumido. Tiene unas connotaciones antropológicas profundas. Es una experiencia que hace perceptible la redención en el eje del tiempo: Manifiesta la intencionalidad providente de toda mi historia anterior, la densidad de un presente en el que se actualiza la promesa y la clarificación de un futuro que se anticipa. Esto sucede porque en la elección que surge de un corazón puro, su fin, que en definitiva es la comunión con Dios mismo, se entrega de alguna manera en la elección del medio contingente movida por una caridad inquestionable. No es que el hombre alcance a Dios, como si se tratara de un objeto del que entra en posesión. Por gracia y con el empeño de su límpida búsqueda, intuye la iniciativa de amor del Señor y la secunda, de tal suerte que experimenta en la concreción histórica de sus elecciones la alianza plenificante de la propia libertad con el misterio de Dios.

Poner de relieve esta finalidad, que cualifica cada acción y la andadura de conjunto de la propia vida, es particularmente importante en la vida sacerdotal. Precisamente porque en la vocación consagrada la finalidad de convertirnos en instrumento al servicio de la salvación procurada por Cristo es tan intensa que conforma toda cuanto emprendemos. Una finalidad que se manifiesta no sólo cuando administramos los sacramentos *in persona Christi*, sino en todo nuestro obrar a-lo-Jesús, incluso en nuestras acciones más cotidianas y comunes: nuestro modo de hablar, de comprar, de comer, de viajar, de saludar, de descansar, de interesarnos por cuanto nos rodea.

Así pues, para poner orden en la vida, no me dejo llevar por este secreto principio, que tergiversa la finalidad de mi existencia: «Hago lo que me apetece y lo justifico como puedo», sino que trato más bien de proceder de acuerdo con esto: «Me convierto al fundamento de mi vocación, que con-

siste en actualizar la presencia de Cristo Buen Pastor entre mis hermanos, y elijo en todas las cosas lo más conducente a ella».

4. *El orden es sistema*

El orden tiene la pretensión sistemática de incluir todos los elementos. Un orden parcial y aislado del resto es un orden precario e inseguro. Si un país quisiera administrar su espacio aéreo con una red de aerovías propias y un sistema de ayuda a la navegación exclusivo, pondría en peligro incluso los vuelos internos a su sistema. Si el maquinista lanzara su tren a la velocidad que le permite el trazado de las vías, la potencia de su motor y la composición de su convoy, descuidando el estado del tráfico sobre la línea que regula el sistema ferroviario, correría el peligro de estrellarse con otros trenes.

En términos morales la desatención a los desórdenes menores puede poco a poco comprometer el propio proyecto de vida, provocando finalmente una gran ruina. Un larvado alcoholismo social pasa de puntillas al consumo aislado, y de allí a una dependencia verdaderamente difícil de superar. Un consumo inmoderado de televisión, sobre todo en la franja horaria nocturna, antesala del descanso, donde los mecanismos de filtro de nuestra sensibilidad interior son más lábiles, pueblan nuestra habitación interior de una sucesión de imágenes no siempre edificantes, que después emergen a su capricho como retazos de una memoria a la desbandada. Una relación afectiva que escapa del marco austero de una relación pastoral, y procede con una frecuentación desmedida, puede descender sin preaviso a avances inoportunos, y tiende siempre a robar en exceso mi atención interior. Cuando uno descuida la celebración de la santa misa en los días feriales porque la asamblea se reduce al mínimo o no se reúne, el aprecio por la eucaristía, que es también el alimento básico de nuestra propia vida, disminuye, y el ejercicio del ministerio puede tomar un cariz funcionalístico y descolorido.

Me resulta paradigmático el hecho de que Ignacio de Loyola, en la tercera semana de los Ejercicios, introduce reglas para ordenarse en el comer. Parecería una cuestión baladí en un camino de fuerte compromiso espiritual. ¿Qué significa un descenso a esa vulgaridad? Se trata precisamente de la atención al conjunto. La pretensión del orden sistemático.

En efecto, en la segunda semana, si todo procede bien, se realiza la elección vocacional o en su defecto una reforma de vida en profundidad. Por consiguiente, han sido examinadas y decididas las grandes cuestio-

nes: la vía vocacional del cristiano y sus aspectos más sustantivos. Pero este orden fundamental no resulta suficiente. La guía ignaciana nos conduce hasta la reforma menuda de las cosas más vulgares.

Por otra parte, el comer tiene un significado bien preciso: corresponde a una realidad cotidiana de la que no se puede prescindir, y además es gustosa. Su aspecto satisfactorio puede ser causa de desorden si se convierte en la finalidad principal. Pero no es una actividad de la que podemos prescindir. No nos queda más remedio que ordenarla.

Los desórdenes en el comer y en el beber guardan una estrecha relación con nuestras frustraciones afectivas. Por eso resultan relativamente frecuentes en nuestra cultura, ya que facilitan algunos factores que, en su conjunción, pueden dar lugar a una alimentación desordenada: el desorden de los horarios en la vida social, el ansia que produce una actividad compulsiva, la falta de drenaje de nuestras tensiones en espacios de calidad relacional, unido a la abundancia y a la variedad de las propuestas gastronómicas.

Las actividades ligadas a la satisfacción de los instintos más básicos constituyen el marco de una particular verificación de la capacidad de autodominio del sujeto y de su capacidad de prestar atención a su salud integral, relacionada con la finalidad trascendente de sus hábitos, sin quedar empotrado en su propia sensualidad.

Además, comer es un hecho social en la mayoría de las culturas, al menos por lo que se refiere a la comida principal de la jornada. El comedor no es un pesebre donde todos se vuelcan ansiosos de comer aprisa y de marcharse una vez saciado el apetito. Es un espacio convivial en el que la provisión del propio combustible biológico, se realiza mediado por la atención hacia los demás, procurándoles el aderezo de una conversación distendida y salerosa.

Y ¿cuando el sacerdote come solo? Entonces dispone su mesa con la sencillez, pero también con la dignidad de un pobre, y consume serenamente, sin prisa, su vianda modesta, pero bien cocinada, en la compañía de Jesús, el amigo de todas las horas, el confidente de todas sus aventuras, el bálsamo de sus pesares, el dulce compañero permanente de su mesa apostólica. Mesa mejor, ¡imposible!

Con todo, las afecciones desordenadas tratan de ser satisfechas a espaldas de su inserción en el orden general de la propia vida y de la propia vocación. Tratan de posesionarse de un campo de mi propia realidad y de establecer allí una suerte de república independiente. Producen una dependencia que despierta una dinámica insaciable. Pretenden expandir

su imperio volitivo hacia otros sectores y finalmente esclavizan al sujeto en función de sus necesidades. Las afecciones desordenadas pueden ser reordenadas en el sistema general; aunque a veces no cabe otra solución que su extirpación, por ser semejantes a un tumor agresivo de células muy indiferenciadas que crece descompasado del resto del organismo.

Mientras dura nuestra peregrinación sobre la tierra, el orden sistemático, o sea, completo, es de naturaleza tendencial y no completamente actual. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Siempre quedan restos de viejas autonomías que no acaban de rendirse al ejército regular de nuestro señorío interior guiado por la vida teologal.

En todo caso, no debemos declinar en la búsqueda de un orden interior sistemático, precisamente porque hemos sido llamados a ser señores de nosotros mismos, para poder ofrecer siempre con mayor coherencia nuestra existencia al servicio de Dios y de nuestros hermanos.

4. CÓMO PONER ORDEN EN NUESTRA VIDA

Retomemos la pedagogía concreta para el ordenamiento de la propia vida. Señalemos, a continuación, algunos medios importantes en este camino que tiene como finalidad conformar a la persona entera al orden de la voluntad divina.

1. *Recuperar el valor de la ascesis cristiana*

Es muy peligroso moverse según el siguiente esquema de conducta: «Me gusta, luego lo hago», pues provocaba una suerte de empotramiento entre el objeto del deseo y el deseo posesivo de tenerlo cueste lo que cueste. Deja al hombre inerte frente al fondo más oscuro de su universo instintual. Y esa es precisamente la característica de la conducta de los animales. El objeto desata automáticamente el deseo, sin la verificación de un criterio axiológico superior, cuya mediación constituye el ejercicio de la libertad. En el hombre, la posibilidad de ser arrastrado ciegamente por el instinto es tanto más peligrosa, por cuanto la servidumbre de su racionalidad a su fondo pulsional puede diseñar proyectos verdaderamente destructivos.

Cuando la Escritura se refiere a la «carne», o a las tendencias carnales, alude a una estructura volitiva dictada por el egoísmo. En una primera aproximación podemos pensar que lo carnal se refiere al imperio de los instintos más básicos, ligados a la conservación de la vida, como la gula

o el ejercicio desordenado del sexo. Por supuesto que estas conductas pueden llegar a ser ruinosas, pero no sólo por los actos que originan, sino también porque su reflujó imaginativo se apodera despóticamente de nuestro mundo interior.

Sin embargo, otras tendencias, aparentemente menos instintuales, más elaboradas, pueden suponer un espesor «carnal» –en sentido bíblico– aún más deletéreo, como la ambición de poder, de ser reconocido, de alcanzar metas siempre más altas de reconocimiento social. Por supuesto, también el apego al dinero constituye una de las formas más carnales por la cual el corazón humano encalla en los bajos fondos de la codicia.

Nunca he creído en la autenticidad de un propósito de reforma de vida que permanece exclusivamente en el ámbito de las disposiciones «espirituales». En no pocas ocasiones se trata de un intento de sustraerse a la dificultad de remover un vínculo afectivo pegajoso, o de superar una vida excesivamente comodona de batín, bebida y televisor, o puede no querer modificar el gobierno de «mi» parroquia como si se tratara de mi propio huerto, o de no querer tocar mis fondos de inversión a largo plazo por la seguridad que me ofrecen, o de modificar mis relaciones demasiado atentas a los que me reverencian, prescindiendo de los que realmente más me necesitan.

El valor de la ascesis consiste en establecer una distancia entre el objeto del deseo y su elección. Esta distancia que puede tener forma de medida, de dilación o incluso de privación (ayuno) voluntaria de algo que me atrae, permite la valoración del objeto desde la propia rectitud de intención en función de aquello que es lo que más me importa: ser sacramento de Cristo redentor entre mi gente.

En esta distancia, que a veces significa un doloroso desgarró, la libertad crece, madura, el individuo percibe la relatividad de las cosas y el vigor de su vínculo con el Único necesario. La cultura consumista nos engaña con el espejismo de las falsas necesidades. La ascesis me devuelve la alegría y la libertad de vivir para el bien de mis hermanos sin que me falte el pan cotidiano: la modesta provisión de lo que verdaderamente necesito para amar y servir, para vivir saludablemente, para descansar a ratos, y sobre todo para practicar la alabanza continúa al Señor que me los da diariamente.

La ascesis cristiana es ciertamente mortificada. Pero esta mortificación es pascual. Nos conforma a la muerte del Señor y por tanto a su resurrección. Por ello es liberadora. Nada tiene que ver con la frustración que produce una privación constituida en fin de sí misma. Es el tránsito hacia

una libertad capaz de encontrar el tesoro escondido, y de invertir después todos los recursos con tal de no perderlo.

La ascesis resulta tanto más necesaria cuanto mayor sea la dependencia hacia el objeto del deseo. Cuanto más viscosa sea la adherencia, tanto más necesario se hace introducir una cuña ascética entre el deseo y la elección. En efecto, el apetito desordenado, ya sea moralmente volcado al pecado en sentido estricto, ya sea que provenga de un propósito egoísta, presenta, entre otras, dos características dañinas: por una parte, genera una ansiedad de naturaleza compulsiva, y por otra parte, hace surgir un complejo aparato de justificaciones para amortiguar las llamadas de atención de la conciencia, aquello que los clásicos llamaban «remordimiento». Estos dos elementos se encuentran de alguna manera vinculados. Ya sea la inquietud por alcanzar compulsivamente algo, ya sea el abanico de justificaciones que confiere una falsa licencia, ambos favorecen un estado de necesidad impelente que genera la convicción de no poder prescindir de ello.

Pues bien, la ascesis desenmascara el engaño de la apariencia de necesidad. La distancia entre el apetito y su objeto confiere al objeto su relativismo, que establece una valoración más adecuada de él. Esta circunstancia favorece la capacidad de percibir la necesidad de hacerse fuerte en el más completo rechazo, cuando este es necesario, como la necesidad de tomar en una medida mucho más moderada, de cuanto había sido objeto de un consumo desenfrenado.

Ignacio de Loyola habla de «indiferencia» para referirse al lenguaje de la libertad. Ahora bien, no la describe como una categoría abstracta, sino como un proceso en el cual la libertad madura suficientemente para poder decidir con garantía de no engañarse: «Es necesario hacernos indiferentes a todas las cosas criadas» (*Ejercicios* 23). Hacernos indiferentes quiere decir soltarnos lo suficiente con respecto al objeto para poder valorar objetivamente su pertinencia al fin y para poder, por tanto, tomarlo o dejarlo con más libertad.

La ascesis, como camino terapéutico de la libertad, no asegura *per se* un completo éxito. Es como una suerte de entrenamiento. El partido se dirime en el campo de la decisión. La vida se ordena a través de las decisiones ordenadas. Por un acto de elección, a través del cual la iniciativa de Dios llama al hombre a su plenitud, y por la voluntad del hombre, entran en comunión. Un acto posibilitado por la gracia y secundado por la posición de la libertad que toma decididamente en sus manos la dirección de la existencia proyectada hacia su fin escatológico.

2. *Alimentar el ámbito de la relación preferente con el Señor*

Nunca se insistirá suficientemente en que la dinámica ordenadora de la propia vida brota de una afectividad ordenada. Y esta no resulta de ninguna manera alcanzable para un consagrado si este suele vivir distraído afectiva y efectivamente del amor preferente a su Señor y al servicio de sus hermanos.

Todo hombre vive a partir de un polo afectivo principal que reordena su sensibilidad, su proyecto y su conducta ordinaria. La calidad de su vida y de sus actos dependerá del valor de ese amor preferente y de la intensidad de ese vínculo.

Es de todo punto inconcebible que un sacerdote pueda llevar una vida «sana», es decir, satisfactoria ante sí mismo, fructuosa ante sus hermanos y suficientemente ordenada en la distribución de sus quehaceres y en la regla de su proceder cotidiano, sin «sentir y gustar internamente» el amor del Señor, el gusto por servir ministerialmente a sus hermanos, la diaria confrontación con la Palabra, la práctica asidua de la alabanza divina.

Sin ese polo «místico» ni siquiera es pensable la vida de un célibe sin compensaciones desordenadas de diverso tipo. Lo más a lo que podríamos aspirar es a una pervivencia clínicamente saludable, o a darnos los gustos inmediatos que ofrece la sociedad de consumo. Pero centrarnos en eso, sería llevar una vida insufriblemente escuálida.

Muchos de los desórdenes existenciales que pueden aparecer en la vida sacerdotal tienen su origen en esa distracción de fondo. Esta resulta del todo irremplazable por ningún otro lenitivo. No admite sucedáneos. Porque estos no hacen sino aumentar su carencia. Los excesos en la comida y en la bebida, el consumo excesivo de viajes, de televisión, de internet, la dependencia del celular, verdadero fetiche contra la propia soledad, la falta de regularidad en los horarios de trabajo y descanso, la vida social nocturna, las dependencias afectivas, tienen su raíz con mucha frecuencia en un enfriamiento espiritual, que va dando lugar a un ejercicio funcionalista del ministerio y a crecientes compensaciones inmediatas cada vez más descaradas.

Pablo describe maravillosamente de dónde procede ese estado de satisfacción del apóstol. La evangelización es su vida y su salario. Como lo es también para todos los santos y gozosos pastores que en este mundo han sido. Si esto nos parece un espiritualismo exagerado, nunca alcanzaremos el manantial de donde brota la verdadera alegría de nuestra sublime vocación.

El desorden de una vida poco «saludable», en el sentido más pleno del término, viene muchas veces de tratar de conjurar el miedo a la soledad. Una soledad experimentada como un vacío lacerante, del cual es menester huir a toda prisa. Es claro que la vida del sacerdote, atravesada por otra parte de un entramado riquísimo de relaciones, tiene espacios de soledad más acusados que el resto de las personas que viven en familia o en comunidad. Pero si esos espacios adquieren el cariz predominante de un ámbito de intimidad con el Señor, entonces las cosas cambian de un modo sustancial. Ya no será el espantajo del que hay que huir, sino una habitación acogedora y apetecible donde el corazón se solaza al término de la jornada pastoral.

3. *Orden en todas las cosas*

El hombre, en su breve peregrinación temporal, depende también de su dimensión somática. Si esta se quiebra, poco podremos hacer. Observar las condiciones de una vida higiénica es muy importante, porque la salud del sacerdote también es patrimonio del Señor, de la Iglesia, de su comunidad parroquial. Al igual que un padre de familia debe conservarse sano y de buen temple para el bien de los suyos, con más razón debe el cura conservarse sereno, descansado y risueño para poder hacer más llevadera la vida de sus hermanos. Si nos encuentran cansados e impacientes, huraños o quejumbrosos, si la cosa es pasajera, los demás entienden perfectamente que también el sacerdote es de su misma humanidad quebradiza. Pero si estas actitudes son más o menos permanentes, la vida del sacerdote podrá ser tan activa cuanto se quiera, pero no será estimulante para los demás. Nuestros hermanos y hermanas laicos, tantas veces agobiados con el peso de hondas penas, no necesitan un cura que les dé lástima, otro icono de un victimismo enfermizo, sino un padre que les alivie con su fe robusta y la donosura de su trato.

Llevar una vida ordenada en cuanto a las horas de sueño, de ritmo en el trabajo, de descanso y de adecuada alimentación es el abecé de una vida intensamente productiva. Y esto mismo ha de aplicarse a la vida sacerdotal. Con la dificultad de que el sacerdote requiere más de la disciplina de un orden interno suyo a causa de su género de vida. Si su entorno parroquial lo encuentra desvalido o incapaz de proveer a sus necesidades, pueden tender a organizarle en exceso la vida, hasta su ocio, de tal manera que se pueden crear dependencias excesivas. Y estas, más que ayuda, pueden complicar el ritmo de su ministerio.

4. *Orden en la administración de las relaciones personales*

Junto con el vigor de la vida espiritual, en nuestro modo de relacionarnos, en nuestras prioridades afectivas y en la administración de nuestro trato pastoral es donde más se percibe la madurez de un sacerdote verdaderamente centrado. Un sacerdote cuyo universo relacional se encuentra polarizado en el amor del Señor y en buscar el mayor bien de los demás, da lugar a un modo de relacionarse de una fecundidad única. La relación de un hombre compasivo, sensible, hondo en su capacidad de sentir con el otro, y ello junto a la conservación de su libertad, el sentido universal de su misión y la atención a los que más le necesitan, pero sin dejarse atrapar por nadie. Es el trato exquisito y fecundísimo del pastor de almas, capaz de ser sacramento existencial del amor de Jesús, Cabeza y Pastor.

El sentido de la medida, al que nos hemos ya referido, tiene aquí el campo preferente de aplicación. Un campo rico de relaciones, pero medido y disciplinado, evitador de dependencias. Un celo apostólico ardiente, pero bien discernido en la aplicación de modos, tiempos y lugares, sin desparramarse en una vida agotadora.

Un modo de relación heterocentrado en el bien de los demás y sumamente discreto en la explicitación de sus propias necesidades. Cercano y amigo, confidente y paterno, pero sin miedo a conservar, en sus expresiones afectivas y en la administración de su tiempo, el sagrario de su intimidad para el Señor. Su identidad de consagrado, percibida por su modo de tratar a todo hombre y mujer que se le acerca, no le hará esquivo a sus ojos, sino que le convertirá en testigo de aquel manantial de vida del que todo hombre es radicalmente sediento.

Una vida sana y equilibrada pasa normalmente en la vida sacerdotal por una vida donde las relaciones de calidad con otros presbíteros tienen un peso importante. El sacerdote que se aísla de sus compañeros con diversos pretextos tiende a enajenarse progresivamente del sentido más profundo de su ministerio. Y es que el sentido de pertenencia al presbiterio de una Iglesia particular es parte esencial de la espiritualidad del sacerdote diocesano. Esta termina por ser irrelevante si no pasa por relaciones de verdadero afecto sacerdotal con mis próximos compañeros. El sacerdote equilibrado y amante de su ministerio tratará de hacerse verdaderamente próximo y ayudador de sus hermanos sacerdotes no sólo en la disponibilidad de su tiempo, sino también en un trato de calidad que ayude a los otros y a él mismo a amar cada día más la propia vocación, el ministerio, la parroquias, las comunidades, las gentes, el obispo. Amar, en definitiva,

el don inmenso que el Señor ha depositado en nuestros corazones para ponerlo al servicio de los demás.

Resulta frustrante el tiempo que se pierde en tertulias dedicadas a una crítica sin perspectivas, de las que no se recaba sino desazón. Comidillas clericales de corto vuelo que no estimulan a una vida más santa.

5. EL SIGNO DE LA ALEGRÍA

La salud integral se percibe como un estado de razonable satisfacción. Tiene una traducción experiencial. No es sólo un cúmulo de indicadores clínicos o de éxitos sociales. Más aún, de poco nos sirve tener la presión arterial, la glucosa, el colesterol y los demás parámetros biológicos dentro de la norma, si vivimos amargados. Vivir incómodos en nuestra propia piel nos vuelve ácidos en el trato con los demás.

El cuerpo produce sus señales dolorosas que nos permiten detectar disfunciones y reajustar nuestros hábitos. El dolor es un aviso que conviene descifrar. La costumbre de enmascararlo a base de analgésicos también la tenemos en el orden espiritual. También nuestras penas son señales que hay que discernir. Sobre todo, cuando se instauran en nuestro ánimo de una manera crónica. Podemos estar coyunturalmente cansados por una fase de trabajo intenso, o nerviosos por la presión de un problema que no sabemos resolver, o incómodos ante ciertas situaciones. Pero lo que no es admisible es que vivamos permanente cansados, irascibles, tensos, insatisfechos de nuestra vida y misión, despectivos con respecto a la diócesis o la parroquia, victimarios de un mundo que nos agrede sin piedad, sin preguntarnos qué nos pasa, cuál es la causa profunda de nuestro malestar; y lo que es aún más importante, qué hemos de modificar en nuestra vida para salir de ese pozo de sinsabores.

La señal de un estado crónico de tristeza, o de cansancio, o de abulia ministerial hay que afrontarla con la mayor resolución. Porque generalmente revela un estado de enfermedad interior. Generalmente se trata de una menesterosidad espiritual, acompañada de un cierto desorden en algún campo de la conducción de nuestra vida. Cuando la persona en un arco dilatado de vida va entrando en un estado de frustración, la razón oculta de ese morbo es que uno ha apostado secretamente por un deseo desordenado que a la postre lo genera.

La cruz que abraza por amor el que hace suya la ley de Aquel que ha venido a servir y no a ser servido, no es pequeña. Tendrá que echarse al colete, a grandes y pequeños sorbos, muchas dificultades y sufriendo-

tos. Pero nunca vivirá frustrado en el sentido psicológico del término. Es decir, dominado por la amargura del incumplimiento de sus deseos más profundos. Las bienaventuranzas son crucificadas cuanto se quiera, pero llevan la marca de una promesa beata que se va gustado más y más. Una experiencia plenificante en forma de comunión espiritual con Jesucristo, amado por encima de todo; en forma de atención preferente por el bien de los demás, una pasión santa que despeja muchos disgustos enquistados; en forma de entusiasmo por llevar una Palabra cuya promesa supera todo bien y cuya fuerza se hace patente en nuestras vidas.

Nuestros hermanos no necesitan a su lado un sacerdote que les produzca lástima: ¡Pobrecito! ¡Qué solo está! Un hombre mendigo de afecto, que hace de su victimismo reclamo de atención constante, añadirá más carga a los pesares de aquellos que han de ser consolados. Nuestras comunidades necesitan sacerdotes que, con la transparencia de su contenido, con el entusiasmo por su ministerio y el testimonio de una vida serena y equilibrada en todos sus extremos sean en sí mismos Buena Noticia para todos.

Hombres paternales, pero no empalagosos; misericordiosos, pero firmes; compañeros de fatigas, pero celosos de su intimidad ante el Sagrario; atareados, pero serenos y acogedores; joviales, pero no vividores; predicadores, pero no charlatanes; comunicativos, pero capaces de escuchar con el corazón. Hombres de una pieza, amigos de Dios y de los hombres, trasunto de la autoridad redentora de Jesucristo y dispensadores de bien con la sabiduría de una vida sana y ordenada. Precisamente porque nuestra vida ya no nos pertenece. Porque es un patrimonio eclesial que hemos de administrar con tino para que dé los mayores frutos.